

# Evocación de Mixcoac

Yo no nací en Mixcoac pero allá viví durante toda mi niñez y buena parte de mi juventud. Apenas tenía unos meses de edad cuando los azares de la Revolución nos obligaron a dejar la ciudad de México; mi padre se unió, en el sur, al movimiento de Zapata, con Antonio Díaz Soto y Gama y otros jóvenes, mientras mi madre se refugió, conmigo, en Mixcoac, en la vieja casa de mi abuelo paterno. Llegué en 1914 y no me moví de allí sino hasta 1937, año de mi primera salida de México: casi un tercio de mi vida. Mixcoac ha cambiado mucho. Hoy es un suburbio anónimo de la ciudad pero en la época prehispánica fue un señorío azteca; más tarde, desde la Conquista, la cabeza de un municipio con autoridades propias, iglesias, conventos, edificios civiles, barrios pintorescos y algo que es muy difícil definir: un alma, una tradición. A fines del siglo XIX Mixcoac se convirtió en un lugar en donde las familias de la capital pasaban las temporadas de fiestas y vacaciones. Las casas eran espaciosas y abundaban los jardines. La Revolución terminó con ese género de vida pero no con Mixcoac. El pueblo que yo conocí todavía estaba vivo aunque en decadencia. La cercanía de la muerte le daba cierta secreta, indefinible melancolía no exenta de nobleza. Mixcoac todavía habitaba su pasado.

Con los ojos de la memoria lo recorro ahora, calladamente. Comienzo mi paseo imaginario por la calle de Goya, que entonces se llamaba de las Flores. Árboles corpulentos y casas severas, un poco tristes. Animaban la soledad de la calle el blanco Colegio de las Teresianas y, a la hora de entrada y salida de clases, los blancos uniformes de las muchachas. Voces de mujeres y piar de pájaros, revoloteo de alas y de faldas. Casi al final, la casa de los G. Eran amigos de mi familia y a veces yo acompañaba a mi abuelo en sus visitas. Se abría el portón y entrábamos en un vestíbulo amplio y un poco obscuro; nos recibía un moro de turbante y cimitarra —imposible no pensar en Venecia y el séquito de Otelo—, en lo alto de la diestra una lámpara en forma de antorcha y que señalaba el camino. Pero el foco de la lámpara casi siempre estaba fundido. Recuerdo un corredor de altas mace-tas, flores blancas y rosadas (¿camelias?), un piso de ladrillo rojo y, separado por una pequeña balaustrada, un patio con limoneros y naranjos. En la sala de azules desvaídos nos esperaba la dueña de la casa, una vieja señora acompañada por algún pariente. A veces la conversación se interrumpía por la llegada de Manuelito, un sesentón hijo o sobrino de la señora de la casa, en el pecho la banda tricolor. Se acercaba con deferencia a mi abuelo, lo invitaba a la ceremonia de su inminente toma de posesión como Presidente de la República y le pedía consejo sobre la composición de su futuro gabinete. Nadie daba muestras de extrañeza y al poco tiempo la conversación continuaba.

La calle de las Flores era digna sin ostentación. Su vecina, la calle de la Campana, era ancha y como

ufana de su prestancia. No había sido trazada a cordel y avanzaba entre curvas y rodeos, no porque titubearse o estuviese insegura de su dirección sino porque quería recorrerse paso a paso para contemplarse mejor. Era la mejor calle de Mixcoac. Casas sólidas de comienzos del siglo XIX. Muchas tenían ventanas de cuerpo entero, rejas a la andaluza, visillos blancos y persianas de madera. Desde la calle se vislumbraban habitaciones altas, solitarias y en penumbra. Reserva hispanoárabe: la verdadera vida bullía en el interior de la casa. Muros fuertes de color ocre, jardines vastos y sombríos, vuelos de muchos pájaros, los ladridos de algún perro de raza y sobre las altas tapias el océano ondulante de los follajes. Cielos azules, verdes intensos y la blancura luminosa de las nubes. La calle de la Campana se unía, al final, con el río de Mixcoac. Un puentecillo de piedra, niños harapientos y perros flacos. El río era un hilo de agua negruzca y fétida, un arroyo seco la mitad del año. Lo redimían los eucaliptos de sus orillas. Años después lo cegaron y derribaron aquellos árboles venerables.

La calle de la Campana y el río desembocaban en la estación de los tranvías. Una explanada sin carácter pero, de nuevo, redimida por los árboles. De Tacubaya a Mixcoac los trenes corrían sobre un terraplén. Las dos vías estaban bordeadas por dos hileras de altos fresnos, un túnel verde, iluminado en la noche por las chispas eléctricas de los troles. Los tranvías eran enormes, cómodos y amarillos. Los de segunda clase olían a verduras y frutas; los agricultores transportaban en huacales sus mercancías a San Juan y a la Merced. Los tranvías iban, hacia el norte, a México y, hacia el sur, a San Ángel y al remoto

Tizapán de resonancias zapatistas. Tardaban cincuenta minutos de Mixcoac al Zócalo. Mientras fui estudiante –más de diez años– viajé en esos tranvías cuatro veces al día: en ellos preparé mis clases y leí novelas, poemas, tratados de filosofía y folletos políticos. También abordé, con varia fortuna, a jóvenes pasajeras. En la estación había un puesto de periódicos, algunos comercios y una cantina. Nos prohibían la entrada a los menores y yo escuchaba, desde la puerta, las risotadas y el ruido de las fichas de dominó al rodar por las mesas. Cerca, una panadería albeante y, entrevistas un instante entre una puerta y un mostrador, las albeantes hijas del panadero asturiano. Eran pan, manzanas y queso en un mantel sobre un prado: nostalgia de la sidra, la gaita y el tambor. Al otro lado de la explanada, el edificio del mercado, algarabía de colores y voces, confusión mareante de olores y sudores. Bajo el gran sol del altiplano fermentan los hombres, las sustancias, las pasiones, los siglos. Pero, al doblar la esquina, ¡ah, la nieve de limón!

Cerca de la estación de los tranvías estaba la escuela primaria oficial para varones (todavía existe). Una construcción digna, un poco triste, de muros espesos y grandes ventanales. Desarbolada pero con buenas canchas de basquetbol. Yo era aficionado a ese juego y por esto trabé amistad con muchachos de esa escuela. En aquella época, al contrario de lo que ocurre ahora, las instituciones educativas del gobierno gozaban de gran prestigio y aquel colegio rivalizaba con los dos privados, el francés de los hermanos de La Salle (El Zacatito) y el Williams, inglés. Su director, un profesor Santamaría, era nuestro vecino. Exce-

lente persona y buen maestro. Cuando estudiaba el tercer año de secundaria tuve dificultades con la Física, tomé lecciones particulares con él y salí airoso del examen. Es notable que en un perímetro relativamente pequeño, limitado por lo que hoy son las avenidas Revolución e Insurgentes, la calzada de San Antonio y la Plaza de Mixcoac, hubiese seis escuelas, tres de varones y tres de niñas, dos del gobierno, dos privadas católicas y dos privadas laicas.

Hacia Tacubaya, por la vía del tren, unos mil metros más adelante de la escuela oficial, se llegaba a las soberbias villas de ladrillo rojo de los Limantour, inesperada aparición de la campiña inglesa en la meseta mexicana. Esas residencias se habían transformado en colegios: el Williams de varones y el Barton de señoritas. En el Williams terminé la primaria. Los profesores eran ingleses y mexicanos. Se cultivaba el cuerpo pero como energía y combate. Una educación destinada a producir inteligentes y activos animales de presa. Se exaltaban las virtudes viriles: la tenacidad, el valor, la lealtad y la agresividad. Mucha aritmética, geometría y geografía aunque sin descuidar el lenguaje. No las reglas ni la teoría: la práctica. Nos enseñaban a usarlo como un utensilio o un arma, una prolongación de la mano. Paradojas de la moral inglesa: gozábamos de gran libertad pero había un calabozo para los reincidentes y los castigos físicos no eran desconocidos. ¿Cuál era la religión del colegio? Creo que la familia Williams era anglicana, algunos de los profesores eran quizá católicos y otros protestantes (nunca lo supimos a ciencia cierta), pero lo que predominaba era un vago deísmo. En El Zacatito las creencias

eran un asunto de la comunidad; en el Williams a *private opinion*.

El edificio era hermoso aunque mal adaptado a las necesidades de un colegio (a la inversa de El Zacatito). Por ejemplo, mi salón de clases estaba en lo que habían sido las caballerizas. La entrada era palaciega: un parque de amplias y elegantes proporciones, muchos árboles y, en el centro, una fuente. El conjunto era frío y correcto. El pabellón principal, en donde estaban las oficinas, el comedor de los alumnos y el de los profesores, la sala de visitas y el salón de actos, eran una interpretación fantasiosa pero agradable del estilo Tudor. Las oficinas del director eran sobrias sin austeridad. Estaban hechas para recibir sin perder las distancias. Cortesía y reserva. La secretaria era su hermana, una joven inglesa espigada, de pelo castaño claro y facciones regulares. Era atractiva y marmórea. Yo la veía con asombro y turbación; era el otro sexo y, sobre todo, era el más allá, la otra raza. El colegio tenía campos de fútbol y béisbol, duchas de agua helada y una sala de debates para los alumnos mayores. Estoicismo y democracia: el chorro de agua fría y la discusión en el ágora. En el colegio Williams me inicié (sin saberlo) en el método inductivo, aprendí inglés y un poco de boxeo. También, el arte de trepar por los árboles y el arte de quedarse solo, en una horqueta, escuchando a los pájaros. Cuarenta años más tarde descubrí, leyendo *The Prelude*, que Wordsworth había tenido experiencias semejantes en su niñez. Quizá la verdadera imaginación, a diferencia de la fantasía, consiste en ver la realidad de todos los días —con los ojos del primer día.

Adelante del colegio Williams y siguiendo siempre la vía del tren, se llegaba a una extraña construcción morisca. ¡La Alhambra en Mixcoac! Parecía transportada por uno de los genios de los cuentos árabes. Aquella fantasía sarracena tenía un jardín frondoso y accidentado por el que corría, entre túneles, montañas, lagos y precipicios, un ferrocarril eléctrico que nos maravillaba. La casa morisca del licenciado Serralde ha sobrevivido a las injurias del progreso y todavía está en pie, aunque sus techos se han derrumbado y se ha caído una parte de la ornamentación árabe de los muros. El jardín es ahora un supermercado. Al lado de la mansión mudéjar, la cueva de los prodigios: cada jueves, día de asueto, abría sus puertas el cine y durante tres horas, con mis primos y primas, me reía con Buster Keaton, saltaba con Delgadillo desde un rascacielos, cabalgaba con Douglas Fairbanks, raptaba a la voluptuosa hija del sultán de Bagdad y lloraba con la huérfana de la aldea. Pasaron unos años y el rito cambió de día, lugar y divinidades: cumplí quince años y cada domingo, en *grande tenue de soupirant*, como dice Nerval, me presentaba en el cine Jardín, no para cortejar a una Jenny Colon de carne sino a unos bellos pero impalpables fantasmas.

Hacia abajo y por la misma calle estaba la plazuela de San Juan. Frente a frente una iglesia diminuta del siglo xvii y dos casas grandes. Una era de los Gómez Farías, una construcción de fines del siglo xviii, vasta y de noble fachada; la otra casa era la de mi abuelo, afrancesada como toda la arquitectura mexicana de principios de siglo. Dos portales, un tendejón, una pulquería y, en la plaza, los infaltables y gigantescos fresnos. ¡Junto a ellos qué pequeña se

veía la iglesia! Yo miraba con asombro sus cortezas rugosas y los tocaba con manos incrédulas: parecían de piedra. Eran tiempo petrificado pero que reverdecía en sus follajes. En el sombrío jardín de nuestros vecinos, entre pinos, cedros y rosales, se levantaba un pequeño monumento cubierto por una madreseiva. Era la tumba de don Valentín Gómez Farías, prócer jacobino y autor de las primeras leyes en contra de la Iglesia. Por la violencia de sus opiniones anticlericales, la jerarquía eclesiástica le había negado sepultura en el pequeño cementerio de la vecina parroquia. La familia había decidido enterrarlo en el jardín de su casa y aunque todo esto había ocurrido un siglo antes, sus descendientes no habían movido sus restos, tal vez por fidelidad a su memoria. Las malas lenguas decían que guardaban la calavera en una alacena. Visité muchas veces esa casa pero nunca pude descubrir la misteriosa alacena.

La plazuela de San Juan colindaba con unos llanos amarillentos, en los que sesteaban vacas abúlicas, burros resignados y mulas indómitas. Yo intenté montar una y fui ignominiosamente derribado y coceado. Había unos hoyos inmensos: las “ladrilleras”, excavaciones hechas para extraer tierra y fabricar adobes. Las habitaban tribus de cavernícolas que nos producían terror. En realidad, eran trabajadores que vivían en aquellas hondonadas. Hoy las “ladrilleras” son un hermoso parque que lleva el nombre de un poeta delicado: Luis Urbina. Fue diseñado, si no me equivoco, por japoneses pero las autoridades lo han recargado inútilmente con reproducciones del arte prehispánico. Nupcias funestas de la manía didáctica y del furor nacionalista. Más allá, atrave-

sando la calzada de Insurgentes, la grácil capilla de San Lorenzo –más para gorriones que para seres humanos– rodeada de las casas de los artesanos del barrio. Sobresalían los coheteros, poetas de los fuegos de artificio. Yo veía al maestro Pereira y a sus aprendices como a genios dueños del secreto de la transformación del fuego en colores, formas y figuras danzantes.

Frente a los llanos, allí donde terminaban las casas y comenzaban las “ladrilleras”, vivían Ifigenia y Elodio. Su casa, pequeñísima y casi colgada sobre una de las enormes hondonadas, era de adobe. El piso era de tierra. Pintada de azul y blanco, la rodeaba una cerca de magueyes y nopales espinosos. Tenía un patio; en el patio, un pozo de agua potable y un pirú perennemente verde, rumoroso en los días de viento. En un costado, en unos cuantos metros, ondeaba un campo de maíz. Elodio e Ifigenia venían de las profundidades del Ajusco, la gran montaña que domina el sur del valle de México. Los dos volcanes son blancos y azules; el Ajusco es obscuro y rojizo; Elodio e Ifigenia tenían el color de su montaña. Indios viejos, hablaban todavía nahua y su español, salpicado de aztequismos y diminutivos, era dulce y cantante. Hacía muchos años, él había sido jardinero de mis abuelos y ella había dejado en nuestra casa una leyenda de cuentos y prodigios. Yo los veía como familia y ellos, que no habían tenido hijos, me trataban como a un nieto adoptivo. Elodio tenía una pierna de palo que me recordaba a los piratas de los cuentos. Era reservado y cortés –salvo durante sus estrepitosas borracheras– y me enseñó a lanzar piedras con una honda. Con ella combatí en algunas furiosas batallas

infantiles. También tiraba contra los pájaros; por fortuna nunca he tenido buena puntería.

Ifigenia era lo contrario de su marido. Arrugada, sentenciosa, vivaz, niña vieja con un saber de siglos, fuente manando siempre maravillas, más que una abuela era una leyenda andante, un personaje de uno de sus cuentos. Era bruja y curandera, me contaba historias, me regalaba amuletos y escapularios, me hacía salmodiar conjuros contra los diablos, los fantasmas, las enfermedades, las malas ideas. Yo fui el último de sus protegidos; por su casa habían pasado antes mis primos y primas, mayores que yo. Ifigenia me inició en los misterios del *temascal*, el tradicional baño azteca que recuerda al baño turco y al sauna finés. Pero el temascal no era sólo una práctica higiénica y un placer corporal: era un rito de comunión con el agua, el fuego y las criaturas incorpóreas que engendran los vapores. Ifigenia me enseñó a frotarme con un zacate y con hierbas que ella cultivaba. Decía que el temascal más que un baño era volver a nacer. Y era verdad: al salir del baño yo sentía que regresaba de un largo viaje al comienzo del tiempo. Viaje inmóvil, con los ojos cerrados pero despiertos los sentidos y el espíritu.

Ifigenia me abrió las puertas del mundo indio, celosamente cerradas por la educación moderna. ¿Qué relación tenía lo que ella me reveló con lo que me enseñaban en El Zacatito y después en el colegio Williams? Sólo años más tarde descubrí que su nombre no era el de una divinidad azteca sino el de una desventurada muchacha griega. Además de este contacto directo con la tradición india todavía viva, tuve otros con su historia y con su pasado. En la biblioteca de mi abuelo hojeaba embelesado muchos libros

de historia antigua de México, casi todos abundantemente ilustrados. No tardé en encontrar, en Mixcoac mismo, una de las estampas de los libros de mi abuelo. Una mañana de asueto, durante un paseo con mis primas y primos por las afueras del pueblo, tropezamos con un montículo que nos pareció ser una diminuta pirámide. Regresamos alborozados y contamos nuestro hallazgo a los mayores. Sonrientes, movieron la cabeza: creyeron que se trataba de otra invención de María Luisa, una de mis primas, que había creado toda una mitología con unos seres misteriosos, no más grandes que las hormigas y que, según ella, habitaban el interior del tronco y de las ramas de una higuera. Sin embargo, a los pocos días nos visitó el arqueólogo Manuel Gamio, uno de los fundadores de la moderna antropología mexicana y amigo antiguo de nuestra familia. Oyó sin inmutarse nuestro relato y esa misma tarde lo guiamos hacia el sitio de nuestro descubrimiento. Al ver el montículo —después ha sido identificado y reconstruido— nos explicó que probablemente era un santuario consagrado a Mixcóatl, la divinidad que dio el nombre a nuestro pueblo antes de la Conquista. Mixcóatl es un dios celeste y guerrero; aparece en los códices con el cuerpo pintado de azul oscuro con puntos blancos (las estrellas) y un antifaz negro: la faz del cielo nocturno.

La calle de San Juan era también ancha y sinuosa, como la de la Campana. Además, era interminable. No tenía la melancolía de las Flores ni el señorío de la Campana. En cambio, era familiar sin vulgaridad, reservada sin hosquedad, modesta sin afectación. Me recordaba a mi madre, que me decía: procura ser modesto, ya que no humilde. La humildad es de san-

tos, la modestia de gente bien nacida. De trecho en trecho, para aliviar el camino, habían plantado, como si fuesen patrullas de centinelas inmóviles, grupos de “truenos”. Me encantaban esos arbolillos aunque no acertaba a descubrir su relación con los truenos que me estremecían en las noches de temporal. Uno de mis profesores en el colegio de El Zacatito, el hermano Antoine, me aclaró: no son truenos sino *troènes*. En francés, unos arbustos. ¡Ah!, respondí aturullado. Esa tarde busqué en el diccionario francés-español el significado de *troène*: alheña. Ante esa palabra árabe mi confusión fue mayor. Seguí buscando y encontré otro enigma, ahora latino: ligustro. Pero ¿qué es ligustro? Alheña. ¿Y qué es alheña? Ligustro. Perversidad de los diccionarios: las definiciones circulares. La calle de San Juan, como todas las de Mixcoac, estaba empedrada. Los años, las inclemencias naturales y la incuria municipal habían dañado el pavimento. En la temporada de lluvias la calle se volvía un riachuelo impetuoso. En las tardes, a la salida del colegio, nos quitábamos los zapatos para chapotear en el agua lodosa. En septiembre, cuando disminuyen las lluvias, los charcos eran numerosos. Yo veía las nubes navegar pausadamente sobre el agua estancada. A veces, precedidos por unas burbujas, aparecían diminutos batracios. En la estación seca la tierra era fina y de color ocre. Las canicas trazaban sobre el suelo geometrías fantásticas y los trompos dibujaban vertiginosas espirales.

San Juan desembocaba en la plaza Jáuregui, el corazón de Mixcoac. Primero, el pórtico de columnas cuadradas del decimonónico colegio de niñas Enrique Olavarría y Ferrari. (En la biblioteca de mi abue-

lo se guardaban los tres ponderosos tomos de su *Historia del teatro en México*, en pastas rojas.) Como si hojeara un libro de estampas, aparece ante mí la plaza, con sus edificios y sus árboles. En el centro, el kiosko, las bancas de fierro pintadas de verde, los senderillos entre los prados, por donde paseaban las muchachas y los muchachos a la salida de misa o en las noches de fiesta, el corro de los fresnos y el círculo, más íntimo, de los pinos. El Palacio Municipal (hoy Casa de la Cultura), también del siglo XIX, edificio sobrio, espacioso y de grandes balcones. Desde allí el alcalde, cada 15 de septiembre, hacía ondear la bandera y vitoreaba a Hidalgo y a los otros héroes. (Entre las dos plazas se distribuían los grandes festejos: en la de San Juan se celebraba el día de la Virgen de Guadalupe y en la Jáuregui la Independencia.) Enfrente del Palacio Municipal hay una construcción rojiza del siglo XVIII. Tiene un patio armonioso, rodeado de arcadas robustas y una diminuta capilla barroca, toda dorada. El edificio hoy es una universidad privada; en aquellos años la habían dividido en viviendas y en una de ellas vivía mi tía Victoria, casi centenaria, devota y siempre suspirando por su Guadalajara y por “aquellos paseos en el Parque de Agua Azul”. Al oír aquel nombre yo veía abrirse las nubes y brotar cascadas de agua celeste. En el extremo oriental, un poco escondido por los árboles del atrio, blanco como un inmenso palomar, el convento de Santo Domingo. Es hermoso y contemplarlo al atardecer serena el ánimo. A la desaparición de las órdenes religiosas, se había convertido en la Parroquia de Mixcoac. Durante el mes de mayo, a la entrada del atrio, esperábamos a las muchachas que iban a ofrecer flores a la Virgen:

nardos, azucenas, lirios. A un lado del Palacio Municipal había varias casas de adustos portones, rejas y jardines. En la fachada de una de ellas, una placa en la que se decía que allí Lizardi había escrito *El Periquillo*, la primera novela mexicana.

Ya fuera de la plaza, en la calle de Actipan, se encontraba la vieja hacienda de El Zacatito, transformada por los hermanos de la orden de La Salle en un colegio. Un edificio grande, con un patio de pesadas columnas rectangulares, grandes salones, una capilla con un coro (famoso entre los entendidos) y las habitaciones de los hermanos. En todos los muros, crucifijos y estampas sagradas. Sin embargo, la construcción evocaba, más que a la piedad, a la utilidad. No la gracia sino la razón práctica. Sus proporciones y su disposición podían compararse a una proposición racional, destinada no a despertar inquietudes sino a confirmar las creencias y las convicciones. Pero sin nostalgias ni complacencias: era un colegio a un tiempo conservador y moderno, decidido a enseñarnos a navegar en las agitadas aguas del naciente siglo xx. Campos de fútbol, el juego favorito (en el Williams reinaba el béisbol) y una extensa huerta en la que los hermanos cultivaban con arte y eficiencia muchas legumbres. Sin descuidar a las ciencias y a los conocimientos útiles, nuestros maestros subrayaban la enseñanza del lenguaje y la gramática. El lenguaje claro, decían, ayuda a pensar. Más exactamente: nos obliga a pensar. Los libros de lectura eran excelentes aunque expurgados de herejías liberales y limpios de molicie y sensualidad, aun la más inocente. Desde la Contrarreforma, el combate de la Iglesia contra el cuerpo no ha sido menos despiadado

que su lucha contra las heterodoxias... En El Zacatito estudié los cuatro primeros años de la primaria, aprendí (y muy bien) los rudimentos de la gramática, la aritmética, la geografía, la historia de México (menos bien) y la historia sagrada. Debo decirlo: la historia sagrada era (es) prodigiosa, incluso en las versiones endulzadas del hermano Charles y del hermano Antoine. En la capilla me aburría durante las misas interminables. Para escapar del suplicio de ese ocio obligado y de la dureza de las bancas, me di a urdir fantasías y quimeras licenciosas. Así descubrí al pecado y temblé ante la idea de la muerte. En los campos jugué fútbol, tuve peleas, sufrí castigos (horas y horas frente a una pared) y, en los juegos y travesuras con mis amigos y compañeros, di los primeros pasos en ese camino que recorreremos todos los hombres: los corredores del tiempo y de la historia. Una tarde, al salir corriendo del colegio, me detuve de pronto; me sentí en el centro del mundo. Alcé los ojos y vi, entre dos nubes, un cielo azul abierto, indescifrable, infinito. No supe qué decir: conocí el entusiasmo y, tal vez, la poesía.

*Epitafio sobre ninguna piedra*

Mixcoac fue mi pueblo: tres sílabas nocturnas,  
un antifaz de sombra sobre un rostro solar.  
Vino Nuestra Señora, la Tolvanera madre.  
Vino y se lo comió. Yo andaba por el mundo.  
Mi casa fueron mis palabras, mi tumba el aire.

México, 1989